

o «Curadores», que se estableció a la orilla del lago María (Mareotis, Mariut). Los novicios que se encontraban allí reunidos querían a la vez «curarse» personalmente de la vida material desprendiendo su alma por la oración de la grosera servidumbre del cuerpo, y «curar» los hombres ofreciéndose a Dios como víctimas voluntarias para la salvación de los otros. ¿Qué diferencia había entre esos hombres y los religiosos que después tomaron el nombre de cristianos? A pesar de las condiciones del medio histórico, los Terapeutas de Egipto eran realmente cristianos antes que el Cristo, y con justicia, Eusebio de Cesárea, el historiador de la Iglesia primitiva, vió en ellos fieles de su culto¹; por lo demás, debían convertirse después explícitamente, tocados por la palabra del apóstol Pedro. Como ha dicho Ernesto Havet², «Filón fué el primer padre de la Iglesia»; hasta puede preguntarse con Lejeal si la palabra griega *mesitas* o «mediador» que empleaba Filón para designar el intermediario entre Dios y el mundo no es el que prevaleció más tarde bajo la forma de «mesías», palabra que se deriva ordinariamente de un término arameo, Machiach o el «ungido»; también puede admitirse como muy plausible una desviación análoga en otro título del Hombre-Dios: antes de ser denominado «Cristo», cuya significación es también la de «ungido», Jesús era simplemente «Chrestos», es decir, «el Bueno».

Es incontestable que la doctrina de Pablo, seguida por el cristianismo naciente, reproduce con singular fidelidad la enseñanza de Filón de Alejandría; éste, apóstol por excelencia de la igualdad, sería, pues, en realidad, el hombre a quien debería atribuirse la mayor parte en la redacción de la fórmula definitiva traída por la gran revolución religiosa. La fraseología del filósofo judío y la del apóstol cristiano apenas difieren. Para el uno y para el otro el Cristo es el «hijo de Dios», el «creador» y el «mediador», el «heredero», el «pontífice» y el «sacrificador»; es la víctima que se encarna en un hombre para expiar los pecados ajenos por sus propios sufrimientos³. ¿No son las formas verbales que se hallan en

¹ Gustave Lejeal, *Humanité Nouvelle*, Enero 1899.

² *Le Cristianisme et ses Origines*, II, p. 247.

³ Gustave Lejeal, *Humanité Nouvelle*, Diciembre 1899, ps. 657 a 669.

el Evangelio según San Juan absolutamente las mismas que las empleadas por Filón? El origen común es evidente.

Bajo el impulso de la civilización greco-romana que unía los pueblos y les avergonzaba de su antiguo aislamiento político y religioso, los mismos Judíos trataban de ensanchar el sentido de su culto estrictamente nacional: uno de ellos, que llevaba el nombre griego de Aristóbulo, llegó a pretender que Yahveh era idénticamente el personaje representado por los Griegos bajo la forma de Zeus. Por otra parte la idea de un Dios único, menos estrechamente rencoroso y celoso que el dios de los Judíos, la idea de un soberano padre, de un ser que extiende la justicia y la bondad sobre todos los hombres, no era extraña a los Romanos, puesto que ya, en tiempo de los Tarquinos, se invocaba a Júpiter por los pontífices con estas palabras: «¡Oh, Dios muy Bueno, muy Grande, Júpiter, o con cualquier otro nombre con que quieras ser llamado!» El templo del Capitolio, único en Roma y que simbolizaba por excelencia la fuerza de la nación,

tenía esta dedicatoria: *Deo Optimo Maximo Sacrum*, a la cual los sacerdotes de la segunda «Iglesia romana» no hallaron nada que modificar y conservaron respetuosamente en sus monumentos religiosos¹.

Judío, egipcio, griego y romano por sus orígenes, el cristianismo se unía igualmente al mundo iranio: sus raíces penetraban hasta el corazón de Oriente. Ningún acontecimiento podía producirse sin que de rechazo no se hiciese sentir en seguida en el con-



Museo Guimet. Cl. Giraudon.

CRUZ CON ASA,
SÍMBOLO CRISTIANO

Antes que los Cristianos, los Egipcios usaban la cruz con asa, que para ellos simbolizaba la inmortalidad del alma.

¹ Jules Baissac, *Société Nouvelle*, Mayo 1896, p. 628.

junto del mundo conocido, comprendiendo en él hasta los países como Persia, que se hallaban fuera del imperio, aunque participaban del mismo remolino histórico. Toda religión, para llegar a ser «ecuménica» en el verdadero sentido de la palabra, había de tener elementos persas, lo mismo que griegos, en su duradera organización.

La individualidad de Irania reapareció inmediatamente después de la muerte de Alejandro. Seleuco Nicator, aunque griego por su origen, a los ojos de sus pueblos era principalmente el dueño de Babilonia, que tenía bajo su mando setenta y dos sátrapas cuyo centro de gravedad era el antiguo imperio de los Persas. Pero ese dominio era demasiado extenso para que Seleuco pudiese subyugarle sólidamente, y la nación más enérgica de la comarca, la de los Partos, logró pronto, bajo el dominio de los príncipes arsacidas, reconstituir en su provecho la Persia propiamente dicha. Esos Partos pertenecían sin duda al mismo tronco que los Turcomanos de nuestros días¹, pero la dominación del mundo iránico, en el que no eran más que una ínfima minoría, los mezcló gradualmente con la raza que constituía la masa de la nación, y pronto se convirtieron en verdaderos Persas. Arrastrados en un movimiento de guerras incesantes, primero contra los lugartenientes griegos de los Seleucidas, después contra los procónsules romanos, tuvieron que desplazar frecuentemente su capital, en un principio instalada cerca de las «Puertas Caspianas»; pero cada victoria contra sus rivales del Oeste les permitía avanzar hacia la Mesopotamia, y los últimos soberanos partos, sostenidos por la masa de la nación irania, frecuentemente aliados a pueblos del Asia anterior, pudieron fundar sus palacios no lejos de las ruinas de Babilonia, en las dos ciudades de Seleucia y de Ctesiphon, que se miran una a otra sobre la corriente del Tigris; se les conoce hoy bajo el nombre árabe de Madain, es decir, «las Dos».

No obstante, bajo el gobierno de los Partos, el pueblo más puro de raza irania, los Persas o Parsi, había conservado su preponderancia en el reino, y, finalmente, con Ardechyr o Artaxerxes, ayudado poderosamente por el elemento religioso mazdeo, recobró

¹ A. Keane, *Man, Past and Present*, p. 319.



Museo Guimet

Cl. Giraudon

EXCAVACIONES DE ANTINOE.—DAMA CRISTIANA
PINTURA EN TELA DEL SIGLO III

el poder. El antiguo imperio, tal como había existido bajo los Acheménidas fué, si no restaurado, al menos imitado bajo sus primeras formas; desaparecieron los grandes feudatarios, no tuvo ya frente a frente más que el Rey de los Reyes rodeado de sacerdotes y el pueblo, «pobre para que las bases del edificio político permanezcan inmutables»¹.

En recuerdo del mítico Dejoces y del rey Ciro, la antigua Ecbatana volvió a ser la capital de estío, quedando Ctesiphon como residencia de invierno. El nuevo Rey de los Reyes, fundador de la dinastía de los Sasanidas, en memoria de su padre Sasan, queriendo obrar en



Museo Guimet.

Cl. Giraudon.

grande, comenzó EXCAVACIONES DE ANTINOE, MOLDE DE HOSTIAS por enviar a Roma cuatrocientos señores para in-

timidar al emperador Alejandro Severo que retirara sus tropas de toda el Asia menor, antigua posesión de Darío. A esa intimación respondieron los Romanos por preparativos de guerra, y puede decirse que durante cuatrocientos años fué incesante la lucha entre los reyes sasanidas y los emperadores de Occidente, primero los de Roma, después los de Bizancio.

Cuando comenzó el rudo conflicto era ya visible la decadencia de Roma; las ideas nuevas, representadas por el cristianismo, debi-

Símbolo cristiano de los primeros siglos; las iniciales de las palabras Jesucristo, hijo de Dios, Salvador, forman la palabra que significa pescado.

¹ A. Gobineau, *Histoire des Perses*, t. II, p. 626.

litaban la antigua religión de la patria; un viento de locura pasaba sobre todo el mundo romano. El ejército había traído de Asia un joven sacerdote del Sol, Heliogábalo, que para arreglar armónicamente la vida de un inmenso imperio, danzaba, vestido de oro y pedrerías, alrededor de una piedra sagrada. La turba de los eunucos y de los hieródulos rodeaba al señor, a la vez sacerdote, emperador y dios, lanzando gritos en lenguas desconocidas, y entregándose a ademanes y contorsiones que parecían obscenas a los mismos Romanos, celosos de las ceremonias antiguas.

Pero esa disgregación del imperio favorecía la penetración de las ideas del exterior. A pesar de la guerra furiosa que ensangrentaba la frontera, los pueblos de Persia y los de Occidente se hallaban unidos en el mismo mundo intelectual. Por una contradicción aparente, la Persia parecía querer aislarse absolutamente en el momento mismo en que el impulso del pensamiento le hacía entrar en comunión profunda con sus vecinos occidentales. En esta época los reyes sasanidas, sostenidos evidentemente por la opinión pública, trataban de restaurar las oraciones y las enseñanzas tradicionales de la antigua religión. Pero la lengua en que los preceptos sagrados habían sido formulados primeramente estaba entonces casi olvidada; hasta el nombre preciso de este idioma antiguo de los Iranios nos es desconocido, puesto que la voz *zend* con que se le designa está tomado del título actual de la «Biblia» persa, y no tiene otro sentido que el de «interpretación». Zend-Avesta significa sencillamente «Comentario de la Palabra»; no es más que una recopilación de oraciones y de formularios redactado en pehlvi, la lengua común a la época de los Sasanidas, una especie de misal para el uso de los sacerdotes, donde se busca en vano, lo mismo que en los otros libros más recientes, tales como el Bundahach, una descripción detallada de la antigua religión de los Iranios. Lo más que pueden hacer los investigadores es buscar en ellos, como en la Biblia y en otras obras que se llaman sagradas, los filones de las enseñanzas diversas de los cultos primitivos que contienen. El Zend-Avesta dista mucho de ser una obra original, es una interpretación hecha por gentes del templo interesadas en presentar los libros religiosos de otro tiempo como el código de su autoridad, la justifi-

cación de su despotismo. «El bien y el mal no están en la conciencia, dice un pasaje del libro, sino en la obediencia o la rebeldía a

N.º 256. Teatro de la lucha entre Roma e Irán.



1: 15 000 000
0 500 1000 Kil

La posesión de la gran Armenia fué una eterna manzana de discordia entre Roma y el Irán, y cambió de poseedor más de una vez.

En la llanura la frontera atravesaba generalmente la Mesopotamia: Carrhae recuerda la muerte de Craso, Edesa la derrota de Valeriano; Madain fué tomada varias veces por los Romanos, especialmente bajo Marco Aurelio, después por Séptimo Severo y últimamente por Juliano.

Pero a veces salieron los límites de este territorio. Antes de la batalla de Accio, los Partos, con ayuda de los republicanos romanos, tomaron toda la Siria y sitiaron a Antioquia; poco después, Antonio hizo una expedición a Atropateno que acabó de una manera desastrosa. Trajano logró también subir los primeros contrafuertes del Zagros e instituyó una provincia de Asiria, que no duró más que dos años.

la palabra del sacerdote». «Y ahora que he orado, añade otro pontífice, espero mi recompensa». Y en otro lugar: «He predicado tu